

OTRA DRAGONADA

Capítulo 8

Regreso a Evantil

Micaela desciende el camino de entrada a Evantil. Fue una gran idea hacerse con uno de los caballos de los fanfarrones que atacaron su carreta en el Bosque Negro. El corcel ha resultado ser un animal brioso que la ha conducido veloz a su amada aldea.

—Arre, bonito, que ya casi estamos. Cuando lleguemos te voy a poner un buen puñado de alfalfa y agua fresca del pozo.

El sol hace brillar el pequeño campo de trigo que sembraron a las afueras. Micaela avanza por el camino contenta de estar en casa, aunque sea para traer malas nuevas como las que la han obligado a suspender su misión de abastecimiento de suministros.

—Oh, una chica.—dice alguien.

—¿Quién ha dicho eso?—Micaela frena un poco, por precaución. Todos los sentidos alerta. El camino atraviesa el campo cuajado de espigas doradas. Tal vez alguien se haya escondido ahí para hacerle una emboscada. Puede que haya llegado tarde y el tal Sir Héctor se le haya adelantado.

—Es una chica—dice una voz diferente a la primera.—Y es muy guapa.

Muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa, muy guapa...

—Pero, ¿qué demonios...?—Micaela descabalga del caballo prestando atención a su alrededor. Se acerca al trigo intentando distinguir al individuo que le está tomando el pelo, no parece que sea peligroso pero por si acaso no piensa relajarse, son tiempos aciagos para Evantil.

Una espiga la mira sonriente.



—¡Hola, chica guapa!—le dice y un coro de cien de sus hermanas le sigue el juego.

Hola, chica guapa, hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa, hola, chica guapa, , hola, chica guapa...

—Podéis hablar...oh, no, Cleopatra y su agua de la elocuencia, ¿cómo se le habrá ocurrido regaros con ella?—Micaela se lleva las manos a la cabeza y suspira resignada. A este paso hasta las piedras hablarán en Evantil.

Elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia, elocuencia...¿qué significa elocuencia?, ¿qué significa?, ¿qué significa?, ¿qué significa?...hola, chica, guapa, hola, chica guapa, hola chica guapa, hola, hola, hola, hola...

—Hooooola, espigas, que paséis buen día.—Micaela monta en su caballo y reanuda su camino.

Buen día, buen día...

Deja atrás el trigal y ahora ya entra por la calle principal de la aldea, que para su sorpresa, se haya desierta.

—Hola, joven Micaela, qué pronto has regresado.

—Hola, berenjena, ¿dónde está todo el mundo?

—En la casa común, al parecer tenían algo importante que debatir.—la berenjena se ha girado en su mata para señalarle la dirección con un leve movimiento de hojas.

—Perfecto—dice Micaela.—Así ya están todos juntos para escucharme. Eso que me ahorro. Hasta luego, berenjena.

—Hasta luego, Micaela.



Los bueyes Evaristo y Mu tenían pensado levantarse temprano para ponerse de nuevo en camino pero el cansancio del día anterior, la sanguinaria lucha de la pasada noche y el calorcito de la abrigada cueva han hecho que se les peguen las sábanas y ahora, con un implacable sol que cae a plomo sobre sus cornamentas, tienen que subir una empinada cuesta tirando de la pesada carreta.

—Ay, Evaristo, hace muuucho calor.—Mu está sudando como un condenado.

—Tu mirada es de fuego y mi cuerpo de cera—responde Evaristo resoplando.

—Hemos salido muuuy tarde, pero es que se estaba muuuy a gustito en la cueva y estábamos muuuy cansados, ¿verdad, amigo?

—Vuelve a llegar la primavera y me molesta el sol. Alma que nunca se deshiera y se queja del calor.

Ya casi están llegando al final del tramo más empinado de la subida, cuando alcancen ese punto el camino irá zigzagueando al abrigo de las rocas que con su sombra protectora les darán un poco de tregua a los exhaustos animales.

—Tieso. Yo sigo todo tieso la misma trayectoria. Y no entiendo por qué estás cada vez más lejos.

—Eres muuuy quejica, Evaristo, ya casi llegamos a la cumbre, ya no queda muuucho.

—Y si fuera mi vida una escalera me la he pasado entera buscando el siguiente escalón.

—Muuuy cierto, amigo Evaristo, ese el sino de dos bueyes de carga como nosotros, pasar muuuchas penurias siempre con la carreta a cuevas.

—Y dejar de lado la vereda de la puerta de atrás por donde te vi marchar. Como una regadera que la hierba hace que vuelva a brotar. Y ahora es todo campo ya.

—Un último esfuerzo, Evaristo, muuueve el culo que ya lo conseguimos.

Los dos amigos se toman un merecido descanso. Desde el lugar en el que se encuentran pueden ver como el sendero llanea entre las peñas. A partir de ahora su viaje será más llevadero y podrán avanzar sin prisa pero sin pausa para llegar a Evantil lo antes posible.



Micaela entra como una exhalación en la casa común.

—Atención, vecinos, tengo una noticia muy importante que daros.

—¡Micaela, ya has vuelto! Pero, querida, ya sabes que no puedes saltarte la orden del día de una asamblea, fue lo que votamos en la última asamblea.

—Pero, pero, Alcaldesa Tesa, es que lo que tengo que decir es muy importante. Veréis, en el Bosque Neg...

—Che, che, che, che, muchachita—dice la alcaldesa poniéndose el dedo índice sobre los labios en un claro gesto que significa que Micaela debe callarse.—Podemos hacer una excepción y añadir tu intervención a la orden del día de la asamblea, ¿estás de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto.

—Veamos, conciudadanos, quiénes estéis a favor de que Micaela pueda tomar la palabra en esta asamblea, levantad la mano. Votemos.

Todos los reunidos alzan sus brazos.

—Bien, queda aprobada por unanimidad la inclusión de los comentarios de Micaela en la orden del día.

—Muchas gracias, Alcaldesa Tesa. Como iba diciendo, en el Bosque Neg...

—Che, che, che, che, muchachita, tendrás tú tiempo de intervención cuando acabemos de debatir el asunto que nos ha traído a emplazarnos en esta asamblea extraordinaria.

—Pero, pero, es que...—finalmente Micaela se da por vencida y toma asiento al fondo de la sala esperando el momento en que la Alcaldesa Tesa le ceda por fin la palabra.

—Prosigamos con el debate—dice la alcaldesa.—¿Qué es lo que nos estabas comentando, Eulogio?

—Lo que yo decía es lo que pensamos muchos en la aldea: que Cleopatra tiene que dejar de regar con su agua de la elocuencia a todo bicho viviente que se encuentre por ahí.



—¡Ya te he dicho que fue un accidente, maldito zopenco!—Una indignada Cleopatra se pone en pie con el puño alzado. Pese a sus años y a su aparentemente frágil anatomía aún no ha nacido el que se atreva a plantarle cara sin sufrir su implacable ira.

—Cleopatra, por favor, sin insultar. No perdamos el espíritu de hermandad y respeto que rige nuestra convivencia—la alcaldesa llama al orden a la deslenguada alquimista.

—Para empezar, a ver por qué tuvo que inventar un agua de la elocuencia, ahora ya no hay quien se coma nada—prosigue Eulogio.

—Es cierto, es cierto— Berta ha tomado la palabra.—Hasta las patatas han salido de la tierra hablando por los codos. ¿Qué alma caritativa va a ser capaz de hundirle el cuchillo a un tubérculo que recita versos? Ni una mísera ensalada puedo preparar. Los tomates se ponen a llorar en cuanto me acerco. Y las lechugas, ¿qué me decís de las lechugas? Si hasta celebran fiestas temáticas en el huerto. La de anoche fue sobre criaturas nocturnas. Menudo susto me pegué cuando salí a tomar el fresco y me encontré a las berenjenas disfrazadas de murciélagos, por poco me da un jamacuco.

Un murmullo de asentimiento recorre la sala, al parecer, los vecinos están de acuerdo con los argumentos de Berta.

—Pero bien que os hizo gracia poder hablar con vuestros animales—responde Cleopatra.—¿O acaso ya no os acordáis cuando Mu y Evaristo eran unos simples bueyes mondos y lirondos? Y tú, Mariano, ¿acaso no te pasas el día hablando con tu gato Chispa? Pues todo eso es gracias a mi agua de la elocuencia, que lo sepáis, atajo de hipócritas. ¿Qué más da si unas cuantas hortalizas se van de fiesta? Dejad que disfruten, animalicos.

Otro murmullo de aprobación se deja oír en el recinto, parece que los argumentos de Cleopatra han convencido a más de uno.

—Pero es que no se trata de eso, Cleopatra—Eulogio vuelve a la carga.—Es que hasta el trigo ha empezado a hablar, ¿y ahora quién es el guapo que va al trigal con la guadaña? Pobres criaturitas, a mí se me cae el alma a los pies cuando oigo los gritos de desesperación de las espigas cercenadas. Ni un mendrugo de pan nos vamos a poder llevar a la boca, como sigas regando los campos con tu agua.

—Y dale otra vez con lo mismo—responde Cleopatra.—Que fue un accidente. Que resulta que yo tenía el agua de la elocuencia almacenada en el patio, en unos barriles, y Juanico,



que es muy bueno pero tiene muy pocas luces, el pobre, empezó a regarlo todo, que ya sabéis que siempre intenta ser útil, el tontico. Y ya está, eso es lo que pasó.

—Fue culpa mía—Juanico se ha levantado de su asiento, mira al suelo y estruja su desgastada gorra entre las manos.

La alcaldesa se pone en pie para dirigirse desde la tribuna a todos los vecinos.

—Parece que la cosa está clara—sentencia.—Al parecer el buen Juanito, al que como bien sabéis le encanta ayudar, se equivocó de agua y como consecuencia de ello nos encontramos con los huertos y cultivos llenos de vegetales parlantes. Este jovencito también aprovechó el agua sobrante para dar de beber a los animales y ahora resulta que las gallinas han formado un sindicato para protestar por la retirada injustificada de sus huevos. La ovejas se les han unido y no están dispuestas a cedernos su leche ni su lana y ya de los cerdos ni hablamos. El asunto es que, si no somos capaces de llegar a un acuerdo con nuestro ganado o dejarnos de escrúpulos a la hora de cocinar verduras parlantes, no vamos a tener nada para comer, ergo, nos moriremos de hambre. ¿Qué solución se nos ocurre, queridos vecinos?

—Yo propongo ponernos tapones en los oídos e ir a segar los campos, ya sabéis, a verduras parlantes oídos sordos—propone Berta.

—Creemos una comisión negociadora para estudiar el asunto e intentar llegar a un acuerdo con las gallinas y las ovejas—Mariano ha tomado la palabra.

—¿Y los cerdos?—pregunta alguien.

—No haremos concesiones a los cerdos, ya habéis visto lo locos que están—responde Mariano.

—Cleopatra, ¿te comprometes a guardar en lugar seguro toda el agua de la elocuencia que tengas y a usarla con cabeza?—pregunta la alcaldesa.

—Por supuesto, Alcaldesa Tesa, guardaré las últimas provisiones bajo llave si es preciso.

—Votemos, pues: los que estén a favor de crear una comisión negociadora para parlamentar con las gallinas que levanten la mano—la alcaldesa empieza a contar.—Uno, dos, tres...queda aprobado. Lo mismo para las ovejas. Uno, dos tres...aprobado. Y ahora para los cerdos. Uno, dos tres...queda denegado. Los que estén a favor de ponerse tapones



en los oídos e ir sin piedad a recolectar la cosecha que levanten la mano. Uno, dos, tres...queda aprobada la siega. Mañana al alba se procederá a ejecutar a la espigas. ¿Algo más que añadir?

—Sí, Alcaldesa Tesa, yo quisiera añadir algo—dice Cleopatra con el semblante serio.

—Dilo, pues.

—Os pido a todos vosotros que os mantengáis alejados de mis cosas, ya sabéis que me gusta experimentar con todo aquello que la madre naturaleza tiene a bien obsequiarme. Hoy ha sido el agua de la elocuencia la que ha perturbado la paz de nuestra aldea pero mañana podría ser algo peligroso y letal. Ya sabéis que vine aquí huyendo de los que me llamaban bruja, amante del demonio y ser del averno. Todos estamos aquí por motivos similares. Aquí hemos encontrado un hogar en el que reina el respeto y en el que podemos ser nosotros mismos sin miedo a ser juzgados. Así pues, os pido que respetéis mi trabajo y a mi persona y no toquéis aquello que no sabéis lo que puede ser.

—Así se hará, estimada Cleopatra. Sabias palabras las tuyas—la asamblea estalla en aplausos de júbilo. De nuevo ha prevalecido el espíritu colectivo.—Pasemos al siguiente tema: la joven Micaela tiene algo que explicarnos. Procede, muchacha.

El día avanza rápidamente y Mu y Evaristo aún se encuentran en ruta. Está claro que no conseguirán llegar a Evantil antes de que la luz del sol se oculte tras las montañas. Deberán buscar un refugio en el que pasar la noche si no quieren estar a merced de las bestias que se esconden en la oscuridad.

—Muuucho me temo que tendremos que dormir al raso, Evaristo.

— Pero ahora el viento corre alrededor. Por mis pecados sigo preso.

—Sí, será muuucho mejor buscar alguna peña que nos proteja del frío de la noche.

— Me he pasado tantas horas viendo de los pétalos la flor, que se me acerca una amapola y me vuelve a la boca to'l sabor.



—Es verdad, ya no me acordaba de aquel pequeño prado junto a esos riscos del fondo. No estamos muuuy lejos, si apuramos el paso podemos llegar muuuy pronto, antes de que sea noche cerrada.

— Más clara la luna brilla y dar contra el suelo otra vez más al contacto con la realidad.

—Muuy bien dicho, Evaristo, apretemos el paso.

Los dos bueyes tiran de la carreta con fuerzas renovadas. Si todo va bien, en poco menos de una hora estarán descansando apaciblemente en un precioso prado al pie del camino, protegidos de los elementos por las peñas que sobresalen de la montaña.

Micaela se pone de pie de un salto y toma la palabra.

Les explica a sus vecinos su encuentro con los tres caballeros en el Bosque Negro y como gracias a esa nefasta noche se enteraron de los planes de Sir Héctor el Magnífico de ir a la remota aldea de Evantil para acabar con el fiero dragón que asola la región y liberar así a sus pobres gentes del yugo de la bestia. Mientras ellos están reunidos en la casa común el caballero se dirige, armado hasta los dientes, a su preciosa aldea para dar cumplimiento a su descabellada gesta.

Cuando Micaela termina de hablar un silencio sepulcral invade la asamblea. Podría oírse el filo de un cuchillo rasgando el aire. Un instante después, la alcaldesa por fin reacciona y se dirige a la concurrencia.

—¿Cómo no nos lo has contado antes, insensata?

—Pero si no me has dejado hablar, Alcaldesa Tesa—responde Micaela contrariada.

—Nos has dejado seguir debatiendo sobre verduras y gallinas cuando tenemos al enemigo a las puertas de nuestra casa, ¿será posible?

—Pero si tú me dijiste que...

—Che, che, che, muchachita, tu turno de palabra ha concluido.



La alcaldesa se pasea de un lado a otro del entarimado intentando procesar la información que Micaela les acaba de dar. Un caballero de los de armadura y espada que se dirige a la aldea a matar al fiero dragón. Un héroe mata-dragones. Un hacedor de gestas. Un noble petulante y pendenciero. Un asesino despiadado. Un buscador de gloria...Por fin se detiene, carraspea antes de dirigirse al pueblo. Lo que diga en estos momentos de pánico apenas contenido es de suma importancia. Sus vidas dependen de ello. Es el momento de ser una auténtica líder.

—Ejem, ejem. Buenas gentes de Evantil, tenemos un problema.—La alcaldesa cae desplomada sobre la silla, las rodillas le han fallado y no han sido capaces de mantenerla en pie.

Juanito, que siempre quiere ayudar, se levanta de su asiento y estrujando la raída gorra entre las manos sudorosas dice:

—Pero si no pasa nada, no estéis tan serios. Cuando ese señor que tiene que venir vea que aquí no hay ningún dragón, se volverá a su casa y todos contentos.

—Ay, Juanito, pero mira que eres inocente.

En la lejanía se oye el murmullo de los cientos de voces que conforman el tragal.

Inocente, inocente, inocente, inocente, inocente, inocente, inocente, , inocente, inocente, inocente, inocente, , inocente, inocente, inocente, inocente, , inocente, inocente, inocente, inocente, , inocente, inocente, inocente, inocente...

Continuará en el capítulo nueve

NOTA: Todos los diálogo del buey Evaristo son letras de las canciones de un grupo al que admiro desde pequeña y al que he querido rendir un pequeño homenaje:

Extremoduro.

